
Medievalismo en Extremadura

Estudios sobre Literatura y Cultura Hispánicas
de la Edad Media

Jesús Cañas Murillo
Fco. Javier Grande Quejigo
José Roso Díaz (Eds.)

Medievalismo en Extremadura
Estudios sobre Literatura y Cultura Hispánicas
de la Edad Media



Cáceres
2009

MEDIEVALISMO en Extremadura : Estudios sobre Literatura y Cultura Hispánicas de la Edad Media / Jesús Cañas Murillo, Fco. Javier Grande Quejigo, José Roso Díaz (Eds.). — Cáceres : Universidad de Extremadura, Servicio de Publicaciones, 2009

XXII, 1310 pp. ; 17 × 24 cm.

ISBN 978-84-7723-879-9

1. Literatura medieval-historia y crítica. I. Cañas Murillo, Jesús (Ed.). II. Grande Quejigo, Javier (Ed.). III. Roso Díaz, José (Ed.). IV. Título. V. Universidad de Extremadura, Servicio de Publicaciones, ed.

82.09"04/15"

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



© Jesús Cañas Murillo, Fco. Javier Grande Quejigo y José Roso Díaz, de la edición, 2009

© De los autores, 2009

© Universidad de Extremadura-Grupo "Barrantes Moñino", para esta 1.ª edición, 2009

Ilustraciones de cubierta: miniaturas de cancioneros del siglo XIII (Biblioteca Vaticana y Biblioteca Nacional de Francia) recogidas en el libro de Martín de Riquer, *Vidas y retratos de trovadores. Textos y miniaturas del siglo XIII*. Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 1995.

Edita:

Universidad de Extremadura. Servicio de Publicaciones

Plaza de Caldereros, 2. 10071 Cáceres (España)

Tel. (927) 257 041; Fax (927) 257 046

E-mail: publicac@unex.es

<http://www.unex.es/publicaciones>

I.S.B.N.: 978-84-7723-879-9

Depósito Legal: M-52.674-2009

Impreso en España - *Printed in Spain*

Impresión: Dosgraphic, s. l.

LOS CAMPOS ELÍSEOS EN LOS LIBROS DE CABALLERÍAS: LA BÚSQUEDA ETERNA DEL PARAÍSO PERDIDO

Elisabet Magro
Universidad de Alcalá

Los libros de caballerías están plagados de referencias geográficas, tantas, que parece que en ocasiones se está haciendo alarde de una copiosa topografía que ya la quisieran para sí babilonios, Eratóstenes, Anaximandro, y que ni Hesíodo, Tales de Mileto o el mismísimo Ptolomeo hubieran imaginado para sus mapas.

Por lo tanto, ni siquiera con meridianos, paralelos o el Almagesto ptolemaico, si quisiésemos situar todos ellos nos encontraríamos con el problema de que la gran mayoría, sobre todo las islas, son puras invenciones fantasiosas creadas al calor de la ilusión y la realidad de una época influida por las grandes empresas marítimas para la conquista de territorios¹, verdaderos paraísos naturales nunca antes vistos; precisamente unos pocos descubrimientos de éstos hicieron surgir en míticas leyendas a todas esas islas de imposible localización en cualquier carta esférica. Para hacerse una idea de este carácter sólo hay que hacer una superflua revisión de la toponimia que aparece en los libros de caballerías.

Nombre de islas de algunos libros de caballerías	
<i>Amadís de Gaula</i>	Ínsula no hallada, Ínsula Firme, Isla del lago ferviente, Ínsula del Diablo
<i>Arderique</i>	Isla Joyosa: lugar donde se encuentran todas las mujeres de la historia
<i>Claribalte</i>	Isla Prieta, Isla Triangular, Islas Perdidas, Isla de los Canes, Isla del Fuego
<i>Espejo de príncipes y caballeros</i>	Isla del indomado fauno, Isla de Rees (Despoblada), Islas Belleas
<i>Félic Magno I</i>	Isla Solitaria, Isla del Gran Diablo
<i>Flor de Caballerías</i>	Peña Fuerte, Despoblada, Isla de la Gran Montaña de la Cruel Desdicha
<i>Florisel de Niquea III</i>	Isla de las Cícladas, Ínsula Despoblada
<i>Floriseo</i>	Isla de las perlas, Isla del Sol, Isla de la Fortuna, Isla Encantada, Isla del León, Isla Temerosa
<i>Palmerín de Olivia</i>	Isla de Malfado, Isla de los Zelos
<i>Platir</i>	Isla Cerrada, Isla Encubierta, Isla de la Sierpe, Isla de Ircán
<i>Polindo</i>	Isla de los corderos, Ínsula Deshabitada, Ínsula del León
<i>Quijote</i>	Ínsula Barataria cualquier lugar pequeño o de poca importancia. De engaño, fraude (dar barato)

¹ E. Sales Dasí (en prensa).

Todos los nombres tienen que ver con la posible riqueza que albergan sus tierras (Isla de las Perlas) o con el desconocimiento de su localización (Islas Perdidas o No Halladas), también con la forma (Isla Triangular) o que sean paraísos infernales donde un monstruo las gobierne (Ínsula del Diablo).

Las islas descritas en los libros de caballerías del ciclo greco-asiático, responden generalmente, bien al modelo de *locus amoenus*, paraíso o edén armonioso; o al contrario, y en ocasiones complementario, *locus terribilis*, lugar también encantado, pero donde la muerte espera en forma de monstruo, de una serie de pruebas infernales e incluso del mismo diablo².

Ejemplo de *locus amoenus*³:

Polindo (XV): Y vio por aquella puerta del jardín ser el jardín muy deleitoso e muy hermoso e de muchas y diversas arboledas, bien hermosamente adornado su hermosura con el sonido e música de las hermosas aves.

Pero momentos antes se nos había dado de este mismo lugar una visión basada en la ferocidad y el exotismo de muchos de los animales que lo custodiaban.

Y vio cómo de una pequeña puerta que a un jardín salía salían muchas e diversas animalias, donde tigres indomados roncan, leones rugendo, pardo melondo, serpientes con gran estruendo silvaban, lobos aullando, perros ladrando, toros bramando, fieros ossos.

Otro ejemplo de *locus terribilis*⁴ lo encontramos en:

Flor de caballerías, capítulo XXXVIII. Belinfor llega al Infierno de Jasón.

El mágico batel en la rivera de una a la vista despoblada isla paró, pegándose con la húmeda y delesnable arena, con lo cual convidava a s[al]ir y tomar tierra al príncipe.

Tendiendo por aquel llano los ojos vido en frente de sí una peña algo negra, en la cual avía una pequeña y obscura puerta, acia la cual con tardos pasos sus vagantes pies el príncipe de Constantinopla movió. Llegado que fue la puerta del Infierno, sintió un olor más malo que los otros y un enfadoso humo junto con unos espantosísimos aullidos que del centro de la tierra parecían salir. Aunque pequeña parte d'ellos se oía, bastaran a quitar la vida de temor.

Pero remontémonos a los orígenes míticos griegos para dilucidar la fuente modélica de este ambiente insular edénico o letal de los libros de caballerías.

Partiendo de la creación del primer hombre ya sea por el Titán Prometeo o producido por la Tierra espontáneamente como el mejor de sus frutos, podremos establecer las cinco edades del hombre⁵, para algunos son seis, cuatro o tres, y así empezar a hablar de campos elíseos, de la concepción de inmortalidad para el héroe y la visión que éste tiene del campo del placer, y por último, y como tema clave de la comuni-

² J. M. Cacho Blecua (1995: 99-127).

³ Otros ejemplos pueden encontrarse en *Platir* (cap. XXI), *Florisel de Niquea III* (cap. LXXIII), *Felixmarte de Hircania* (cap. XL), *Amadís de Gaula* (cap. XVII), *Olivante de Laura* (prólogo), *quinta parte de Espejo de príncipes y caballeros* (cap. XXIII).

⁴ Otros ejemplos pueden encontrarse en *Amadís* (cap. LVI), *Cirongilio de Tracia* (cap. XXXV).

⁵ Graves (1985: 35-37) y Alvar (2006: 3857-3863).

cación, la utilización del mito distorsionada, o mejor dicho, metamorfoseada en los libros de caballerías.

Según el mito griego, la primera etapa de la historia humana fue la edad de oro, época feliz en la que los hombres y los dioses vivían en completa armonía. Estos hombres constituían la llamada raza de oro; vivían sin preocupaciones ni trabajo, comían solamente bellotas, frutos silvestres y la miel que destilaban los árboles, bebían leche de oveja y cabra, nunca envejecían, bailaban y reían mucho; para ellos la muerte no era más terrible que el sueño. Todos ellos han desaparecido, pero sus espíritus sobreviven como genios de los lugares felices de retiro rústicos. Luego vino la raza de plata, comedora de pan, también de creación divina. Los hombres estaban sometidos a sus madres y no se atrevían a desobedecerlas, podían vivir hasta los cien años de edad. Eran pendencieros, ignorantes y nunca ofrecían sacrificios a los dioses, pero al menos no se hacían mutuamente la guerra. De todos modos, Zeus los destruyó a todos. A continuación vino una raza de bronce, hombres que cayeron como frutos de los fresnos y estaban armados con armas de bronce. Comían carne y pan, y les complacía la guerra, pues eran insolentes y crueles. La peste terminó con todos ellos.

La cuarta raza de hombres, y a la que quería llegar, era también de bronce, pero más noble y generosa, pues los engendraron los dioses en madres mortales. Pelearon gloriosamente en el sitio de Tebas, la expedición de los argonautas y la guerra de Troya. Se convirtieron en héroes y habitan en los campos elíseos⁶.

La quinta raza es la actual de hierro, indignos descendientes de la cuarta. Son degenerados, crueles, injustos, maliciosos, libidinosos, malos hijos y traicioneros (Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 109-201, 167 ff.).

Para los griegos, todas las referencias a su pasado se concentraban en la denominada edad de los héroes. Los héroes eran una especie de semidioses que superaban a los hombres en fuerza y valor, pero compartían con ellos su condición de mortales. Ese mismo modelo heroico es el que se utilizará en la literatura de caballerías a la hora de atribuir valores a los héroes; por su fortaleza humana en cruentos combates rozarán muchas veces lo divino, tanto por sus desmesurados actos como por la resistencia física, además no debemos olvidar que en el ciclo greco-asiático, obviamente, los héroes, los caballeros, son griegos.

En la *Ilíada* de Homero, Elíseo era una tierra en el extremo más lejano y occidental del mundo a donde eran llevados los grandes héroes en cuerpo y alma para hacerlos inmortales. Allí eran libres de proseguir con sus actividades favoritas, y las penas y las enfermedades eran desconocidas. La descripción es la que todos conocemos de paraje ideal (verde, florido, cálido y con dulce canto de pájaros).

Tomando esta idea de elíseo podemos ver cómo se transforma el mito como elemento de los libros de caballerías y mi propuesta es la siguiente:

Los sabios en los libros de caballerías actúan como estos dioses griegos protectores de algunos mortales, llevándoselos en el momento en el que están a punto de morir a su guarida secreta, situada en una isla que responde muchas veces a la descripción

⁶ Alvar (2006: 3954-3958).

de ese *locus amoenus* que encierran los campos elíseos, además, milagrosamente el caballero o héroe deja de sentir el dolor de todas las heridas recibidas en el combate y sana instantáneamente. Otras veces la sensación de placer llega a tal punto que se impone un estado de risa floja o de olvido al beber o comer algo cultivado en esas tierras y los caballeros sin recuerdo son capaces de enamorarse de otra dama y convertirse así en infieles sólo por la causa.

Ejemplo del *Florisel de Niquea* III, Cap. LXXVIII.

Mas assí fue que a pocos días que allí llegaron, un día andando comiendo fruta por entre los árboles, una hermosa fructa a manera de madroños hallaron de la cual con mucho sabor comieron. Y a poca pieça que la comieron quedaron como sandíos fuera de sí, no teniendo memoria de cosa más de lo que presente vían. Como assí se vieron, el uno al otro con gran plazer se fueron a abraçar juntando las bocas, de suerte que antes de mucha pieça Finistea quedó dueña; y más de un mes les turó aquella vida, hasta que andando comiendo de la fruta comieron de otra con que tornaron en su acuerdo, sin tener memoria de cosa que oviesse passado por ellos hasta que Finistea se sintió preñada.

Otra versión de pérdida de conciencia, que aparece en el *Primaleón* en el cap. CLII, es claro ejemplo distorsionado del de las sirenas homéricas. Se puede llegar a la enajenación sólo escuchando el canto de una dama: Argónida, tocando el arpa, canta una canción con la que le hace perder el sentido a don Duardos y olvidarse de Flérída, de manera que pronto la hace dueña y engendra a Pompides.

En la mitología griega no sólo existe este paraíso, hay quienes señalan que son tres: Elysium como primero de los paraísos griegos, allí Hades coloca a la gente que le agrada. Islas Afortunadas, es el segundo, bajo la tutela de Apolo (allí han sido enviados los héroes de las guerras de Troya). El tercero es el Olimpo de los dioses, donde sólo se es aceptado por Zeus⁷.

He querido señalar también esta versión porque en el cap. XXX de la *Quinta parte de Espejo de príncipes y caballeros*, de la que preparo edición, a las damas griegas se las secuestra llevándolas al Olimpo como espacio edénico en el que viven sin recuerdo, sin conciencia de nada y placenteramente cantando y bailando.

También en el cap. XII de *la quinta parte* se describe cómo se encontraban allí:

[...] la robó del lado del agüelo y la llevó en compañía de las damas, dexándolas a todas sin más sentido que para entretenerse y divertirse por aquellos palacios y amenidades de jardines y maravillas, que en ellos dispusso para su recreación; aunque si las que eran enamoradas tuvieran acuerdo para sentir la ausencia de lo que amaban, por más infierno que por divertimento lo tuvieran. Mas faltándoles el conocimiento de su cautiverio y faltándole la potencia de la memoria en las cossas passadas, goçaban de las presentes con el gusto que les ocasionaba tanta diversidad de festejos y maravillas como allí goçaban, siendo su mayor cuidado y deseo, lograr por largo tiempo la alegre vida que allí passaban, y las dexaremos en ella hasta el tiempo de su desencantamiento.

Pero siguiendo con los campos elíseos, en la mitología romana, elíseo fue considerado como la residencia de los muertos bienaventurados, donde las almas de los

⁷ Graves (1985: 146 y ss.).

héroes, poetas, sacerdotes vivían en total felicidad, rodeados de hierba, árboles y suaves brisas, y envueltos en una luz rosada perpetua. Así, el elíseo se convierte en una parte del mundo subterráneo y un lugar de recompensa para los muertos virtuosos. Para algunos era sólo un paraíso temporal; cerca corría Lete, río del Olvido, del cual tenían que beber todas las almas que retornaban a la vida en el mundo superior.

Pronto los *Elíseos* fueron trasladados a otras regiones, ya que no existe una escatología canónica y además cada escritor acomodaba el mito a su particular gusto.

Las variantes más antiguas los situaban en un espacio de la superficie de la tierra, probablemente en alguno de sus confines occidentales, donde los dioses trasladaban a algunos héroes privilegiados al acabar su destino entre los mortales, y así les evitaban sufrir la muerte. (Homero, *Odisea* IV, 561-569 y Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 158-173).

Con esta concepción aparece en Hesíodo: los elíseos en vez de Argos como el destino que le tienen preparado los dioses a Menelao. Allí la vida de los hombres es más cómoda, no hay nevadas y el invierno no es largo; tampoco hay lluvias, sino que océano deja siempre paso a los soplos de Céfiro que sopla sonoramente para refrescar a los hombres.

En los libros de caballerías nunca me he encontrado con la descripción de una nevada, tampoco de lluvias torrenciales; en cambio sí que abundan los casos en los que se describe profusamente tempestades marinas provocadas por fuertes vientos cuando los caballeros acceden a embarcaciones sin rumbo fijo, pero que les llevan hacia las islas maravillosas. Aclaro, sí es verdad que aparecen tormentas pero siempre se desencadenan en el mar. Por otro lado, tampoco se suele mencionar el paso de las estaciones y menos el invierno.

De la variante anteriormente mencionada, los campos elíseos fueron trasladados al mundo subterráneo como una parte más del Hades, por lo que en esta concepción necesariamente se habría tenido que pasar por la experiencia de la muerte.

Y aquí es donde entra el concepto de mortalidad o inmortalidad, es decir la justificación de la justicia divina, ilustrada en las religiones griega y romana con la distinción entre el Elíseo: lugar de recompensa para los muertos virtuosos / Tártaro: sitio de condena para los que tienen alguna lacra. Con esto los griegos y latinos supieron transmitir el sueño feliz de la Edad de Oro⁸, recrearon la ilusión que anida en el interior de todos los mortales, alcanzar por las buenas obras hechas en vida una dimensión placentera tras la muerte. No hay ni que decir que otros pueblos que les precedieron o ajenos culturalmente tienen también este sentimiento y sus paraísos:

Génesis → paraíso terrenal

Gil-Gameash → hissu, lugar de complacencia, situado al igual que el paraíso terrenal en el lugar donde nace el sol y que se podía reconocer por el hecho de que sus árboles tenían joyas.

Tierra de la felicidad de los budistas → adornada con árboles de joyas, frecuentada por toda clase de pájaros de deliciosos trinos.

⁸ Alvar (2006: 3857-3863).

En muchos árboles de los libros de caballerías aparecen colgadas de sus ramas toda clase de armas, por ejemplo ricos escudos en los que están incrustadas piedras preciosas, verdaderas joyas para el caballero que las encontrase, aunque, claro está, previa lucha contra un pagano contrincante convencido de su herencia (Este es un contexto sacado de la *Quinta parte de Espejo de príncipes y caballeros*.).

Otras veces se llega a palacios denominados por el del Ramo de Oro o Plata, deducimos que es porque albergan árboles de esos metales preciosos.

Como ejemplo, otro de la *quinta parte de Espejo de príncipes y caballeros*, en el cap. XII, o de la *segunda parte de Espejo de príncipes y caballeros*: hay un misterioso castillo de metales preciosos, en el que hay un árbol de oro y plata. Un escrito anima a probar la aventura de arrancar una de sus ramas; cuando la doncella lo intenta en realidad es un emperador hechizado por sus pecados que gime de dolor, sangra y la increpa por herirlo.

Extrapolado el mito de la consecución de la inmortalidad por parte de los héroes griegos, en los libros de caballerías lo que el caballero pretende conseguir con su visita a la cueva que esconde los estadios del más allá, es tan sólo su felicidad personal. Bajar a los infiernos, enfrentarse con los monstruos y demonios infernales, es sufrir una prueba iniciática. En la mitología griega, tales descensos en carne y hueso tenían el objetivo de la conquista de la inmortalidad corporal, pero en los libros de caballerías está inmortalidad se refiere a la conseguida a través de la fama y a la condición invencible del héroe que ha superado incluso los poderes infernales y los de los magos. Este linaje se perpetuará y acrecentará en los hijos y nietos del caballero iniciador de la saga de valientes hombres.

Para ejemplificar esto, he querido hacer mención de la subida de Clarián (cap. CXXX). Resumen: Clarián comienza el camino de regreso pasando por los lugares antes vistos. Ve cómo algunos de los seres con los que ha luchado son seres de artificio, no así la gran serpiente. Llega a la salida que se ha agrandado, seguramente por el temblor que comenzó al morir el león. Ve los cuerpos del caballero de Tracia y de Manesil, el primero tiene la cabeza aplastada, al segundo aún le queda algo de vida. Clarián sale y llega a la ermita donde el hombre santo ya había recibido la visión de su victoria. Envían a dos monjes en busca de Manesil. Clarián se traslada a la corte, allí es recibido con gran sorpresa. Las gentes visitan la gruta de Hércules, todos quedan asombrados al ver la serpiente y la sala de los héroes.

Hecho el repaso mitológico con algunas incursiones comparativas en los libros de caballerías y viendo que en mitología original griega no hay una única idea para fijar qué eran los campos elíseos, intentaremos ver si la etimología de la palabra desprende algo de aclaratorio.

Hay quienes derivan la palabra *elysion* del verbo *lýo* que significa soltar, desatar, liberar, en el contexto de ultratumba al que nos venimos ciñiendo sería *librarse de la vida mortal*.

Otros la suponen como voz derivada del verbo *érchomai*, *eléusomai*, *élzon*, *eléluran* que significa *ir*, *marchar*, por lo tanto *campos de los que se han ido*.

Otros la derivan del verbo *alýo*, *estar muy contento*; *ilýs* como pantano o *êlos* que significa lugar improductivo, o incluso *helios* (el sol).

Por otra parte, el sintagma *Makarón nésoi* se conoce en latín por *Fortunatae Insulae*, las Islas afortunadas, que también parecían ser campos elíseos⁹.

Otras corrientes piensan que parece significar *tierra de manzanas* porque *alisier* es una palabra pregala con que se denomina a la *serba* que es un fruto parecido a una manzana o pera de color amarillo rojizo, lo mismo que la arturiana *avalon* y la latina *avolnus*, formadas con raíz indoeuropea *abol* que significa manzana. Y si tomamos esto por válido podemos pensar en las manzanas de la Isla de las Hespérides y confundir todavía más el asunto.

Lo expuesto etimológicamente, por tanto, tampoco contribuye a aclarar nada. Vamos a intentarlo con la localización terrestre.

Ese espacio terrestre puede ser una llanura (*elysion pedión*) o una pradera (*elysios leimón*) o simplemente un lugar (*elysios chôros*), es decir, simplemente una utopía *ou topós*, lo que no está en ningún lugar.

No faltan escritores que identifican los campos elíseos con una o varias islas a las que denominan Islas de los Bienaventurados. Otros como Luciano de Samosata funden los dos conceptos en uno solo, llanura de la Isla de los Bienaventurados, así es como aparece en su *Diálogo XXX de los Muertos*¹⁰.

La concreta localización de los *campos elíseos o de las Islas de los Bienaventurados o Afortunadas* fue también desde la Antigüedad objeto de amplia divergencia, se las identificaba con llanuras en las islas de Lesbos o Rodas (*Etymologicum Magnum*) con la comarca egipcia de Cánobos y Zefirio o en algún lugar de occidente siguiendo a Homero.

Estrabón por su parte, fija los campos elíseos en la zona meridional de la Península Ibérica, pero tuvo más éxito la creencia de que su ubicación estaría en alguna isla o archipiélago del Mediterráneo occidental, o incluso en el Atlántico. Entre otras muchas propuestas las Canarias¹¹ o el archipiélago de Madeira gozaron de amplio favor. Más o menos a esa localización se apuntaron, entre los griegos, Píndaro, Heródoto, Platón, Estrabón, Plutarco, Ptolomeo o Plinio el Viejo entre los latinos.

La razón de por qué Canarias aparece fuertemente mitologizada hay que buscarla en que según la reconstrucción del mapa de Hecateo de Mileto la tierra habitada llegaba, por la parte occidental, hasta las llamadas columnas de Heracles. De esto, de que Las Columnas de Hércules eran el límite del Mundo Conocido, es decir, la última frontera para los antiguos navegantes del Mediterráneo y de como se iba hasta allí con relativa seguridad, nos da muestra el fragmento sacado de la *Quinta parte de Espejo de príncipes y caballeros*.

Cap. LX. De lo que sucedió a todos los príncipes en el bosque de las maravillas, con la salida de la isla y la llegada a Grecia.

Finalmente en altamar con deseo de verse con brevedad en el imperio griego, tuvieron tan mala suerte en conseguirlo por sucessos, tormentas y aventuras que se les pasó

⁹ Alvar (2006: 3954-3958).

¹⁰ Samosata (2005).

¹¹ Martínez (1992).

cerca de un año en diferentes partes con mortal sentimiento de todos, y en particular de Rossabel y Florisarte. Y por fin un temporal los embocó por el estrecho de las columnas de Hércules al océano, y quedándose en aquel paraje determinaron, pues se hallaban tan cerca de la gran Bretaña, ir a ver al valeroso Rosicler y a la hermosa Olivia.

Y como según Heródoto, a las regiones más remotas les correspondían los recursos más preciosos, pues se pensaba que todo lo que se situaba más allá de los confines del mundo conocido era maravilloso, a la vez que oscuro y tenebroso.

La idea de atribuir a islas remotas y desconocidas una felicidad no concedida al resto de la tierra, es una idea muy antigua y difundida. Como ejemplo las islas descritas por Homero, isla de los Feacios o la isla de Ogigia como tierras de alegría y felicidad o la Atlántida de Platón y la Merope de Teopompo como lugares inmunes a los infinitos males que acechaban los territorios habitados por los hombres.

Otros, como Plutarco, situaron los campos elíseos fuera de la tierra y así sustentándose en la expresión virgiliana *aëris in campis latiss* «en los amplios campos del aire», de la *Eneida*, VI 887, los llevaron a la luna, a la cara que mira al sol y que está permanentemente iluminada¹².

Por todo lo que la luna simboliza me gustaría tratar de analizar un episodio del *Quijote*, el del vuelo con Clavileño, ya que en muchas ilustraciones¹³ aparece la famosa pareja en un paisaje lunar.



Capítulo XLI, De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura.

Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar a la segunda región del aire, adonde se engendra el granizo y las nieves; los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera región; y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la

¹² Plutarco, *Sobre la cara de la luna (De facie in orbe lunae, 942f y 944e).*

¹³ Izquierda: tarjeta postal publicitaria, Circa, 1930. Derecha: Apel·les Mestres, Barcelona, 1879.

región del fuego, y no sé yo cómo templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos.

En el pensamiento vulgar de la época, apoyado en la concepción tolemaica del universo, la tierra ocupaba el centro y la luna determinaba la primera esfera; el espacio entre los dos planetas era ocupado por cuatro regiones: la del aire, la del frío, la del agua y la del fuego.

A pesar de no haber sobrepasado la cuarta región, ya que textualmente se nos indica el miedo a abrasarse, debemos suponer que algunos ilustradores pensaron en que don Quijote creyó rozar la primera esfera, la luna, y así en algunas ilustraciones del vuelo de Clavileño, Don Quijote y Sancho aparecen iluminados por la luz blanca, me interesa quedarme con estos ejemplos para relacionarlos con la simbología de la luna¹⁴ y ver cuánto tiene de lunar y de «lunático» don Quijote.

Aunque Don Quijote y Sancho van con los ojos vendados por exigencias del ardid de los duques, es muy probable que si no se los hubieran vendado, los hubieran cerrado como medida preventiva al conocer el cuento de Torralba, ése que casi tocó el cuerno de la luna. La ceguera momentánea en el relato cervantino tiene algo que ver con la simbología lunar, ya que ésta es símbolo de conocimiento indirecto, discursivo, de conocimiento por reflejo, es decir, del conocimiento teórico. Don Quijote no ve nada de lo que pasa, pero conoce por sus lecturas todas las sensaciones que le harán llegar de la tierra a la esfera del Fuego, sólo es un teórico, experto en libros de caballerías. Por otra parte, la luna simboliza también el principio pasivo pero fecundo, y aquí hablamos de Sancho, él, que por cobardía casi nunca actúa, se decide a acompañar a Don Quijote. No debemos olvidar que el principio que rige el encantamiento de Dulcinea puede denominarse pasivo ya que nunca hubo acción por parte de Merlín y ahora ha dado su fruto, ya que Sancho al sentirse culpable se pone en marcha para el desencantamiento de la Trifaldi con su séquito de barbudas, una mentira que resulta productiva. La luna simboliza la imaginación y el psiquismo, las ensoñaciones, lo imaginario, con lo que bien podría ser la carta astrológica de Don Quijote, aunque también en esta segunda parte de Sancho.

Permitido el capricho, me encamino hacia el final de la comunicación.

Está claro que la larga convivencia entre literatura y mito desvirtuó la mitología, haciendo que la libertad creadora del autor acomodase los relatos míticos en temas y motivos más o menos fieles al argumento original, toda esta manipulación es asumida como principio intrínseco a la historia de la Literatura¹⁵.

Por tanto, los campos elíseos relacionados con los libros de caballerías, a pesar de que nunca aparecen denominados así en estas historias caballerescas (bueno, sólo he encontrado un caso en el que se mencionan con este sintagma, en el prólogo del *Olivante de Laura*), deben tomarse como arquetipo de todo paraíso y ejemplo de cualquier lugar de felicidad o por contra de lugar infernal, que en los libros de caballerías éste viene determinado por el espacio de la cueva.

¹⁴ Chevalier y Gheerbrant (2000).

¹⁵ García Gual (1995: 75-87).

Desde el siglo XII aproximadamente la entrada en el infierno se representaba como las fauces abiertas del monstruo Leviatán en cuyo interior se encontraba a veces una caldera. Durante el Renacimiento este símbolo se sustituyó por la boca de una cueva, o, en menores ocasiones, como la puerta de acceso a un edificio. Hay múltiples ejemplos de las dos variantes en los libros de caballerías.

Las cuevas¹⁶ solían estar en islas, por lo que era necesario atravesar el mar o un proceloso río con los contratiempos de una fuerte tormenta y al llegar a la cueva meterse en una espesa niebla. Cuando en los textos se presentaba este tipo de situación se relacionaba inmediatamente, tanto por parte de lectores como de los protagonistas de la historia, con el ámbito infernal.

El mundo de los muertos era lo más lejos a lo que podía aspirar el héroe para demostrar su valía¹⁷, normalmente había katábasis o bajada a los infiernos, y en éstos se podía dar la situación de la consulta oracular a un cadáver o nekyomanteia, además del encuentro con otros famosos reyes o héroes. El caso comparativo que se me ocurre a voz de pronto, aunque sea en clave paródica, lo encontramos en el *Quijote* con el capítulo de la cueva de Montesinos. Aunque los libros de caballerías están llenos de situaciones muy parecidas en las que un sabio, aparentemente muerto, abre los ojos, expulsa su profecía y no dice más, luego los caballeros recorren salas llenas de retratos de otros héroes y reyes conocidos.

Otras veces la cueva es gruta para albergar a personajes raptados durante años, allí pueden permanecer sin envejecer, dormidos como estatuas, y así no es raro encontrar que personajes de un ciclo reaparezcan en otros libros mucho más posteriores, sin que extrañe al lector.

Todos los motivos y elementos relacionados con la aventura al Más Allá arrastran una larga tradición y están en los diversos orígenes de cualquier cultura, contaminados entre sí, forman un repertorio reiteradamente empleado en la literatura novelesca.

Los materiales ultramundanos se divulgaron hasta llegar a tal punto que los autores no podían dejar de utilizarlos, era un motivo que se esperaba y que ya no provocaba la sensación de escalofrío y pasmo que habrían provocado los primeros prodigios literarios presentados¹⁸.

En ese espacio subterráneo que se recrea en los libros de caballerías alternarán los ámbitos paradisíacos y los infernales, la claridad y la oscuridad. Muchas veces para llegar al locus amoenus es preciso atravesar el locus terribilis que generalmente le antecede. Pueden estar poblados por guardianes peligrosos, personas encantadas, monstruos o animales feroces e incluso visiones terribles.

Palmerín de Olivia (Cap. CXXVI) al enfrentarse en la aventura de los diez padrones a una cosa muy desemejada que parecía en la figura cabrón, mas era tan maño como un cavallo e traía en la fruenta dos cuernos muy agudos e derecho...

¹⁶ Algunos ejemplos de cuevas: *Clarián II* (cap. LXX), *Felixmagno I* (cap. XL), *Florisel de Niquea III* (cap. LXXXVIII).

¹⁷ García Gual (1981: 23-76).

¹⁸ García Gual (1995: 75-87).

Primaleón en el cap. CXXXIII lucha contra el monstruo híbrido Patagón.

Amadís, cap. LXXIII: descripción del Endriago.

En el interior de la caverna se podrán ver hermosos castillos, deleitosas huertas y salas extraordinarias. Cuando los materiales sean las piedras preciosas y sobre todo el cristal no se dudará de estar ante la visión del otro mundo.

Flor de caballerías (XV): Era toda esta casa de mármol blanco con infinitas piedras preciosas, entallada con mucho oro y colores, muchas historias divujadas toda alrededor, poblada de almenas que eran de fino cristal y en cada almena avía una alta pirámide de oro y en tela de en medio estava Diana con insignias de caçadora y en las demás pirámides estavan las castas mugeres como Clonia, Hipo, Alcestis, Fulbia, Camila, Tucia, Dido y las demás; a esotra parte de la casa en la pirámide de en medio estava Cupido y en las demás muchos hombres y damas como Paris y Helena, Píramo y Tisbe, don Florisel y la segunda Elena, Leandro y Hero, el Febo y Lindabrides, Linceo y Hipermestra y otros muchos; a esotro lado estava la Muerte y muchos excelentes varones como Alexandro Magno, Julio César, Aníbal, Pompeyo, Héctor, Príamo, Artús, Cayo, Mario, Augusto, Octaviano y otros muchos. [...] començó a andar y vido algo lexos un maravilloso monte qu'era todo de cristal muy transparente y llegan[do] más cerca vio dentro una gran casa con salas, patio y jardín. Este monte no tenía puerta ni abertura ni señal alguna d'ella ni aún una pequeña mota; era todo liso y alto y ívase ensangostándose y en lo más alto avía una boca, por la cual salía mucho fuego y según era de dificultosa la subida bien guardada estava allí la Fada y, aunque subieran, según era de espantable y temerosa la entrada tanvién lo estava¹⁹.

Otra característica del paso al infierno es la pérdida de la conciencia. Muchas veces pierden la memoria, sin necesidad, como ocurría en el mito griego de beber las aguas de ningún río. Este aturdimiento se utilizará como resorte narrativo para dar lugar a amores adúlteros e hijos ilegítimos con los que continuar la historia.

Atravesado este infierno guiados de mi mano, y todavía sin caer sin sentido, me gustaría que nos quedásemos con la misma sensación que tenían los lectores de libros de caballerías según indica el Capítulo L de la Iª parte del Quijote que obtenían su placebo al imaginarse los campos elíseos que leían a través de las páginas de estas historias de caballeros andantes, por lo que el efecto edénico del héroe se contagiaba al lector. Y así espero, que esta comunicación no haya sido del todo tan terrible.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvar Ezquerro, A.: «Edad de oro», en *Gran Enciclopedia Cervantina*, Madrid, Castalia, 2006, pp. 3857-3863.
- : «Campos elíseos», en *Gran Enciclopedia Cervantina*, Madrid, Castalia, 2006, pp. 3954-3958.
- Cacho Bleuca, J. M. (ed.): Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, Madrid, Cátedra, 2001.
- : «La cueva en los libros de caballerías: la experiencia de los límites», en *Descensus ad inferos. La aventura de ultratumba de los héroes (de Homero a Goethe)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1995, pp. 99-127.

¹⁹ Otro ejemplo *Florisel de Niquea*, III, cap. LXXXVIII.

- Calderón Calderón, M. (ed.): *Polindo*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003.
- Chevalier, J. Gheerbrant, A.: *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Editorial Herder, 2000.
- Duce, J.: *Guía de lectura caballeresca del Olivante de Laura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2002.
- García Gual, C.: «El viaje al más allá en la literatura griega», en *Mitos, viajes, héroes*, Madrid, Taurus, 1981, pp. 23-76.
- : «Viajes al más allá en algunos relatos novelescos medievales», en *Descensus ad inferos. La aventura de ultratumba de los héroes (de Homero a Goethe)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1995, pp. 75-87.
- Graves, R.: *Los mitos griegos 1*, Madrid, Alianza editorial, 1985, pp. 40-41.
- Guijarro Ceballos, J. (ed.): *Clarián de Landanís*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2000.
- Hesíodo: *Los trabajos y los días*, Madrid, Editorial Iberia, 1964, pp. 109-201, 167 ff., y 158-173.
- Homero: *Odisea*, prólogo de Carlos García Gual, traducción de José Manuel Pabón, Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos, 48), 1998.
- Lucía Megías, J. M. (ed.): Francisco de Barahona, *Flor de caballerías*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1998.
- Marín Pina, M. C. (ed.): *Primaleón*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1998.
- Martín Lalanda, J. (ed.): Feliciano de Silva, *Tercera parte del Florisel de Niquea*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1999.
- Martín Romero, J. J. (ed.): Pedro de la Sierra, *Segunda parte de Espejo de príncipes y caballeros*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003.
- Martínez, M.: *Canarias en la Mitología. Historia mítica del Archipiélago*, Santa Cruz de Tenerife, Cabildo insular, 1992.
- Patch, H. M.: *El otro mundo en la literatura medieval*, México, FCE, 1983.
- Sales Dasí, E.: «Ínsulas en los libros de caballerías», en *Gran Enciclopedia Cervantina*, Madrid, Castalia, en prensa.
- Samosata, L.: *Diálogos de los dioses, de los muertos, marinos, de las cortesanas*, traducción de Juan Zaragoza, Madrid, Alianza editorial, 2005.
- Sevilla, F. y Rey Hazas, A. (eds.): Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1993.
- Stefano, G. (ed.): *Palmerín de Olivia*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004.